

El regreso a casa, la cena breve, precisas las palabras y la invitación al lecho cuando el brasero muere. Las campanadas lentas, medrosas de toque de Almas. En la habitación humilde de los lejanos años surgen los quietos recuerdos; las policromías de los santos continúan intactas; la mirada en el vacío de los viejos retratos parece animarse ante el huésped de antaño; el goteo isócrono de la lluvia trae memorias de los pasados tiempos; la voz de mi madre se quiebra lejana en postreras oraciones... y, aquella noche de invierno dí marcha atrás en el reloj de mi vida: La calle era ancha y la ambición pequeña. Una banda alegre y callejera con los músicos muy serios, me empujaba de la mano de mi padre, hacia la plaza de toros, "la más bonita de España". En la puerta del coso coches de Yecla, de Villena, de Almansa y de otros sitios. Gallardetes y banderas adornaban las alturas. Iba a empezar la corrida; un mocito del pueblo, cabalgando en br'oso alazán, salía tieso y postinero a pedir las llaves. El toro bravo, valiente el torero, el pasodoble castizo ponían emoción y fervor en la atenta multitud que llenaba el graderío. Otro día era el circo en la redonda arena, con sus payasos, con "Secundino" en la barra fija, la "Aurelia" de inolvidable recuerdo, haciendo filigranas con los pies sobre la enorme bola de oro, mapamundi circense de truncadas ambiciones... La tarde iba apagando las canciones y un girón de nube ponía un dosel dorado en el cielo. La luz última del día agonizaba ya sobre la cúpula azul de la vieja parroquia. A la mañana siguiente, al filo del alba, crepitaban los leños en la antigua cocina y los resecos sarmientos se iban retorciendo en una danza oriental. La voz de mi padre llegaba a mis oídos como un grito de guerra. Acudía con mis hermanos, soñoliento y tiritón, a medio vestir y, una sartén enorme de rabo largo, invitaba golosamente a la jugosa "gachami-ga" hecha de la mejor harina y con tropezos de tocino entreverado. La vieja calabaza del abuelo iba colmando los vasos de un tintorro embriagador, hecho a la lucha con los terribles fríos del lugar.

A esta cita del pasado, caminante, no podía faltar una alusión, aunque breve, a las fiestas de setiembre, mezcla de pasión y sosiego; pólvora y plegaria; alegrías y tristezas... Lo primero por que llegaban..., lo segundo porque se iban... ¿Y, las fiestas del Angel, de San Blas y de San Antón cuando la chocolatada entre muchachos, vendados los ojos; la peseta pegada a la sartén que había que quitar con la boca; la cucaña concienzudamente enjabonada con el gallo enlo alto; las carreras donde al final había un premio y las otras carreras con rabiosos cohetes que te perseguían implacables entre los histéricos gritos de las jovencitas, las risotadas de los mozos y la algazara general del popular regocijo...? marcaba un hito la noche larga en Santa Bárbara, a 1.150 metros sobre el nivel del mar, jugando al "burro" casa del santero, hasta que el día llegaba para la santa misa, continuación hecha de la típica comida en amigable consorcio de pastores y mayordomos, sin faltar el rito sagrado de saciar la sed en la (tinajica", milagro de agua a flor de tierra en el espejo diáfano del sabroso líquido. En la noche invernal, al par del insomnio llegan los bailes del "Niño" en la plaza Mayor, con la alegre música que al alma llega, el donaire y garbo de las mozas, con mantones de manila que se mueven solemnes al compás de la "jota" o de la "malagueña" hechicera. El recuerdo de estas músicas irá siempre envuelto con los penetrantes chillidos de los "aviones" que cuando niños contemplamos, como en numerosas bandadas volaban y revolaban alrededor de la torre, describiendo numerosas acrobacias sobre la veleta de la "media naranja".

Pasó aquella noche de invierno, caminante, en que el espíritu se hizo recuerdo y las pretéritas recordaciones trajeron a mi corazón la triste pesadumbre de lo que se vá y no vuelve.

Tus pasos volverán sumisos a la gran urbe, a la industriosa ciudad donde te amasan el pan de cada día, regado con sudor. Tú, emigrante, saliste un día del pueblo que te vio nacer. Desde entonces, cada septiembre vuelves a la humilde villa. Aún quedan familiares que te abren sus puertas; pan y mantel, mullido lecho te dan para dormir. En el pentágrama de tu vida quedará presa una nota de infinita tristeza cuando los tuyos de acá emprendan el largo viaje. Sin albergue, ni cobijo, tal vez, no vuelvas; pero de seguro, cuando septiembre llegue, frente al cuadro de la Señora, el libro de su historia entre las manos, sentirás la herida abierta en el corazón de tus nostalgias...; contigo de la mano, irán siempre encadenados los recuerdos inmortales: aquella sonrisa de mujer, amor hecho canción bajo los olmos; los primeros juegos en las plazas solitarias; el murmullo fervoroso en las tardes de la Ermita; el tronar de las Comparsas; el revuelo de banderas; el vibrar de corazones en las fiestas centenarias; el verde lujuriante de los prados; el tañido lento, recoleto de la campana mayor; la dulce melodía de una música que llora; el quieto morir muriendo de la vida que se escapa, frente al mar infinito de las ilusiones muertas que se fueron, por los caminos doloridos del recuerdo...

Miguel Solera

ALICANTE, Festividad del Corpus Christi de 1968